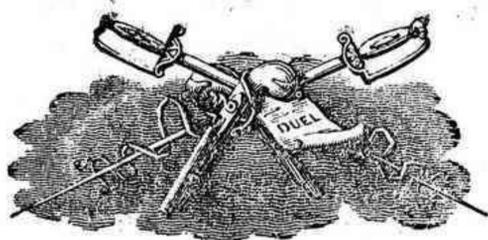


REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.



EL DESAFIO.



(CONTINUACION.)

Cárlos conocía este apellido como todo el mundo, pues el general D**** había adquirido en Francia, y sobre todo en París, una terrible celebridad. Nadie ignoraba en efecto que gracias á una destreza mortífera, favorecida siempre por la suerte, todos los que habían tenido la desgracia de oponersele como adversarios, habían acabado por ser víctimas.

Necesario es tener mucho valor para poder sufrir los horrorosos instantes que preceden á un desafío: entonces todos los lazos que nos unen á el mundo parece que se rompen para nosotros. Cárlos pasó la noche ocupado en escribir y en meditar, y mas de un recuerdo, mas de un arrepentimiento vinieron á debilitar su valor. Amaneció y todo estaba concluido. El hombre sacudió toda debilidad, volvió á ser dueño de sí mismo.

Eduardo reflexionando que en la injuria hecha á Cárlos se había limitado á ser solo un testigo, pensaba también en que Cárlos era uno de esos hombres que unen la ciencia á la firmeza y al valor, que sabia batirse y que se batiría. Como padrino no descuidaba ninguna de las precauciones que era preciso tomar para el buen desempeño del cargo que había aceptado, obtuvo las condiciones del combate de acuerdo con el padrino del general, y convinieron en que sería en el bosque de Vicennes, inmediato á la ciudad de san Mandé, que los adversarios se colocarían á veinte pasos y que la suerte decidiría quien había de tirar primero.

II.

Antes de subir Cárlos al carruaje entregó una carta á Eduardo en la que le suplicaba que si moría en la lucha la llevara á su hermano Adolfo.

— Dile que su nombre y el de Eugenia han sido los últimos que han pronunciado mis labios....

Eduardo le estrechó la mano contra su corazón. Este acto era una promesa inviolable.

— Gracias, replicó Cárlos, con una sonrisa melancólica, y partió acompañado de sus testigos. Al verlos llegar, el general que ya hacia rato esperaba, se adelantó ácia Cárlos, lo saludó con frialdad y se puso á fumar con una tranquilidad tal que parecia que ignoraba la escena sangrienta que iba á ejecutarse.

Voló por el aire una moneda de cinco francos y la suerte favoreció á Cárlos Melville. Seguro como estaba de su destreza, conoció desde luego que su contrario era perdido; pero al verse dueño de la existencia del hombre que tan cruelmente lo había ofendido, concluyeron sus resentimientos, tuvo horror á sembrar la muerte donde Dios había puesto la vida, se preguntó á sí mismo si tendría valor para conducir al altar á Eugenia Derval, y darle la mano con que había cometido un asesinato: el recuerdo de su amor triunfó en fin del pensamiento de vengar su ultraje y estendió el brazo diciendo:

— General.... al pico de vuestro sombrero!
Silvó la bala y llevó el objeto indicado.

El general no había hecho movimiento ninguno de temor, de sorpresa.... ni de gratitud, su continente era amenazador, sus miradas fijas, y su sonrisa irónica.

— Diestro sois, dijo friamente.... á vos ahora caballero.... al quinto boton del lado izquierdo.

Se oyó un tiro y Cárlos cayó en tierra: la bala le había atravesado el corazón.

Esto es un crimen, un asesinato horroroso! Gritó Eduardo pálido de dolor y de indignacion.

— Jóven, no os acaloreis, dijo el general con una voz helada; cada uno ha usado de su derecho á su placer.... Hasta otro rato, caballeros: subió al carruaje pronunciando estas palabras y desapareció.

Eduardo cumplió sus deberes hasta el fin: hizo enterrar al desgraciado Carlos en el cementerio de san Mandé, y después de haber cumplido esta triste misión, volvió á Bades á desempeñar la última promesa que había hecho al amigo que ya no existía.

Al recibir Adolfo la noticia de la muerte de su hermano quedó como herido de un rayo; su dolor fué mudo y sombrío como todas las grandes desesperaciones; llevó á Eduardo á una puntería situada fuera de la ciudad, tiró diez pistoletazos y diez veces cubrió el blanco: sonriéndose después con una ironía horrorosa:

— Eduardo, me crees capaz de matar á un hombre? le dijo.

Una multitud bulliciosa se atropellaba un mes después en el teatro de la ópera, y entre los concurrentes se dejaba ver al general D****. A poca distancia de él un joven pálido y con miradas ardientes observaba hasta sus menores movimientos con una atención marcada, y en el momento en que el general dejó su asiento vacante en un entreaeto, lo ocupó el joven desconocido.

— Este asiento es mio, caballero! dijo el general cuando volvió, con una voz altiva é imperiosa.

No obtuvo respuesta alguna.

— Este asiento es mio! dejadlo al momento, me entendéis? repitió en el colmo de la desesperación.

El joven volvió la cabeza desdeñosamente y miró con atención al general que hizo un movimiento de terror. En efecto había una semejanza milagrosa entre esta figura y otra que tuvo con él una escena que ya había olvidado.

— Es vuestro este asiento? dijo con desprecio el desconocido, tanto mejor, permanezco en él.

Se oyó un bofetón, y un grito de horror salió en el mismo instante de un palco donde estaba una hermosa joven temblando.

— ¡Hasta mañana, caballero!

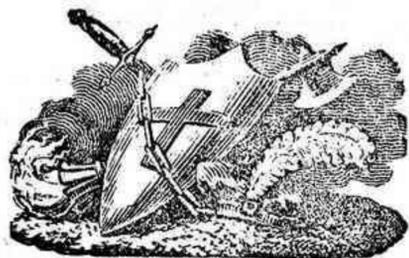
— El general repitió con una voz lúgubre: hasta mañana!

— Si os parece, nos batiremos en Vicennes, junto á la ciudad de san Mandé y este caballero será mi padrino.

El desconocido señaló á Eduardo Vernillier que estaba á su lado y que había sido espectador inmóvil, mas no indiferente, de esta escena. El general lo miró con una sorpresa profunda.

— Bien, bien, ese, ó cualquiera otro, respondió con una emoción indefinible.

(Se concluirá)



CANTO DEL ESCLAVO.



Quando miren los blancos de la Europa de oprobio la señal que hay en mi frente,

acaso juzgarán que el Dios potente al negro para esclavo hizo nacer.

Piensen tal vez que encierra el pecho mio un corazón de pobres sentimientos; que mi alma no se eleva á pensamientos de riquezas, de amor, y de poder.

El hijo del desierto solo acata de la luz al monarca soberano: ese tuesta la tez del africano; mas su fuego volcánico le dá.

Los tiranos se juzgan mis señores; de mi cuerpo infeliz tal vez lo sean; pero de mi alma no: que en ella lean la palabra sublime: *libertad*.

Ellos esclavos son de sus pasiones, de mezquindad y de codicia llenas, pero no hacen esclavo las cadenas al que tiene tan libre el corazón.

La rama de una encina fué mi cuna; mis padres de los pueblos siempre huían, y al mirarlos de lejos me decían: *para el mas débil calabozos son*.

Entonces naturaleza me ofrecía un reino entero, donde vagaba altanero, pero no era usurpador.

Mi palacio eran los bosques; mi música los torrentes; y las estrellas lucentes me alumbraban con fulgor.

La mujer en el desierto ofrece dobles delicias porque sus tiernas caricias no las mueve el interés.

Dos corazones ardientes enlaza allí la natura. ¿Porqué gocé tal ventura para perderla después?

¡Y el hombre infame se hace verdugo, de esclavo el yugo pone feroz!

Riego con sangre pobre sustento y cruel tormento calla mi voz.

¿Quién dá á los hombres tan vil derecho? de mi despecho deben temblar.

Viendo á mis hijos sufrir mi suerte, venganza ó muerte quiero alcanzar.

II.

Hoy de una hermosa de nevado cutis arrastro humilde la servil *volanta*; (1) mi cuerpo oprime con su altiva planta.

(1) *Carruaje que usan en América y del cual tiran los esclavos.*

por siempre del pecho gozoso lanzar.

Y quiero á ese mundo marchar que no vemos,
ignotas regiones pretendo encontrar,
lletando cien barcos sin velas ni remos
medir con mis manos el férvido mar.

Romperle sus diques, que inunde la tierra,
las bellas praderas de rosa y jazmin,
y á todo lo grande que el mundo nos cierra,
que á todo las aguas le marquen su fin.

Y ya cuando mire del orbe las ruinas,
los hombres ansiosos su sangre beber....
y en viendo perderse las altas colinas,
el eje coloso del mundo romper.

Entonce altanero, con risa orgullosa,
mirarlos á todos allí sucumbir,
despues de lanzarles mirada horrorosa
al cielo entre nubes de nacar subir;

Romper de los astros las duras cadenas,
vapores y nubes por siempre eclipsar,
y hundir las regiones de brisas serenas
en aguas inmundas del férvido mar.

Gritar altanero, gritar orgulloso,
gritar cuando nadie podrá responder....
«Que duerman los hombres su eterno reposo,
yo quiero los ejes del mando romper.»

I. GARCIA A. DE L.



A CÁDIZ.

Ausente, patria, por tu bien suspiro,
Sin ver ¡oh Cádiz! tu encantada orilla,
Sin ver tus hijas, por quien yo deliro,
Sin ver la joya que en el mundo brilla.

Ya siempre lejos de tu cielo miro
Pasar mi vida sin amor sencilla,
Y al dar un paso sin pisar tu suelo
Piedad ansío del empíreo cielo.

En tu playa seductor@,
Cádiz bello, ya no miro,
Del batel el rauda giro
Que circula por el mar.

Ni las olas turbulentas
Que ácia tu playa se agitan,
Que veloz se precipitan
Y en ti se ván á estrellar.

Ya de tus hijas divinas
No veré los rostros bellos,
Ni sus castaños cabellos
No me podrán sujetar.

Porque lejos de tu seno,

Mi patria amada y querida,
Sabes bien que no te olvida
El que te sabe adorar.

C. Po. de Arellano.

CRÓNICA.

Se dice que hoy debe llegar á esta capital el célebre pianista *Franzt Liszt*. Si así se verifica parece que mañana es el día destinado para que el grande artista dé una muestra de sus brillantes talentos en el salon del Liceo, donde con este fin se ha organizado un concierto por suscripción. Tendremos al corriente á nuestros suscritores de cuanto ocurra sobre este particular.

— Recomendamos á nuestros suscritores la publicación que anunciamos en el *Avisador* bajo el título de colección de novelas, cuentos y anécdotas, la que conceptuamos será digna de ocupar un lugar en la biblioteca de nuestras elegantes.

— ORIGEN DE LA POLKA. Un día que una sirvienta jóven, de Elbekostoletz cerca de Prague, bailaba acompañándose, el maestro de escuela del pueblo apuntó los pasos y melodía que ejecutaba, y habiéndose popularizado este baile en los alrededores de Elbekostoletz llegó hasta Prague donde tomó el nombre de Polka.

Desde esta ciudad se estendió á la Alemania y de allí á Francia, Bélgica, España y América.

REMITIDO.

GUARADA.

Mi primera hará parar
A cierta clase viviente
Y unida con la siguiente,
Ya se le ve figurar
Tras de un caballo valiente:
Unidas con la tercera
Es gran pieza de vestir,
Y si se quiere invertir
La segunda y la postrera
Sin tocar á la primera
Todos queremos la oír.

A. LASO DE LA V.

TEATRO.

Para el martes próximo se pondrá en escena la comedia titulada *Los niños espósitos*, á beneficio de la casa de maternidad. La sociedad de señoras, á cuyo cargo está el indicado establecimiento, se ha encargado de la distribución de las localidades: creemos que por este medio podrá obtenerse un brillante resultado. Los billetes de localidades que las señoras no distribuyan se hallarán de venta en el sitio de costumbre.

El jueves se ejecutará á beneficio del gracioso la comedia titulada *Periquito entre ellos*.